VIII

Entre las singulares condiciones que había desarrollado en el general Gurrea Pinós su vida de guerrillero, contábase la de un dominio casi absoluto sobre el sueño y el hambre. Estas dos imperiosas exigencias del organismo las satisfacía Gurrea Pinós, cuando le era posible, con ímpetu casi brutal; sobrio por costumbre, sabía saciarse y devorar por diez; vigilante como un gallo, nadie era más capaz que él de dormir á pierna suelta, con ronquido marcial y sonoro. Pero la sospecha, la inquietud, le suprimían instantáneamente el sueño, sin que la privación de tan indispensable sedante debilitase ó sobrexcitase en lo más mínimo su bien regulado sistema nervioso.

La noche que siguió á la representación de *Fedra* la pasó en vela el general. Con los ojos abiertos en la obscuridad de la alcoba, repasó y combinó los acontecimientos pasados y calculó los venideros. Juntando indicios con indicios, atando cabos sueltos y aplicando las no-

ciones de psicología adquiridas en horas supremas, llegó á ver clara la situación. Lorenzo no estaba aún completamente *envuelto*; pero un descuido, una casualidad, bastarían para que lo estuviese. Había que irse cuanto antes, poniendo por obra el anunciado plan del viaje á España. Gurrea Pinós repasaba mentalmente los obstáculos que esta combinación podía encontrar en mil asuntos pendientes, y se proponía removerlos sin tardanza alguna, desplegando actividad febril. Lo malo era que para tal empresa necesitaba perder de vista muchas horas á su hijo. Enviarle á casa de Castellá—que pareçía lo más natural—era meterle en la boca del lobo. Una idea, inspirada por sus reminiscencias de la guerra civil, se le ocurrió al bueno del general entonces Acordóse de que cuando desconfiaba de dos oficiales, temiendo que se entendiesen para venderle, recurría á aislarlos, confiando al uno de ellos una comisión en lugar distante. Gurrea Pinós tenía, por cuenta y cargo de la casa Amblera, pendientes negociaciones con un gran fabricante de pañería de Elbœuf. Había dificultades relativas á una considerable remesa de género que Amblera se negaba á recibir por excesivo retraso, y por oposición de la tienda madrileña que hacía el pedido á admitirlo fuera de estación. Gurrea Pinós tegió instantáneamente el ardid de que mientras él arreglaba en París los asuntos, su hijo desenredase el de Elbœuf. Y resuelto firmemente este punto importantísimo, el general, á eso de las cinco, entendió que convenía

dormir, y durmió como un lirón. hasta más de las ocho, contra su costumbre.

Despierto, afeitado, vestido, despachado el chocolate con bollo que le servía una criada aragonesa, cincuentona y de aspecto monacal, Gurrea Pinós pensó en preguntar descuidadamente:

—¿Y el señorito Lorenzo? Si está vestido que venga aquí.

—El señorito ha salido temprano—contestó la criada con sencillez; y su respuesta hizo saltar al viejo, que desvió la taza y se puso en pie encendido y furioso.

—¿No ha dicho á dónde iba?

—No, señor... A misa ó confesión irá de seguro—contestó la sirviente, que quería mucho á Lorenzo.

—¡Qué misa ni qué... baraja francesa!—juró Gurrea, que en las ocasiones críticas tenía boca de carretero. Reprimióse en seguida al ver que Hilaria—así se llamaba la buena mujer—bajaba los ojos y se encaminaba hacia la puerta silenciosamente; y mostrando ya más dominio de sí mismo, preguntó:

—Dice V. que salió temprano... ¿A qué hora?

—A eso de las siete y cuarto.

—¿Iba bien vestido?

—Sí, señor, el traje nuevo... y él hecho un espejo de limpio. Me pidió la camisa mejor planchada, por cierto. Se levantó antes de las seis. No esperó á más Gurrea, y se dirigió al cuarto de su hijo. El espionaje no asustaba al veterano, y el registro mucho menos: ambas cosas

entraban en su moral. El aspecto de la habitación no revelaba cosa alguna: Hilaria la había puesto en orden minucioso. El general abrió cajones, pero ningún papel delator encontró en ellos, pues no se habían de juzgar tales los insulsos billetes de Fermina, en que el amor apenas sabía tartamudear frases candorosas. Gurrea vió que por aquel lado no adelantaría nada, y sin pérdida de tiempo, tomando sombrero y bastón, bajó las escaleras con agilidad juvenil. Paróse ante el tugurio de la portera, interpelándola familiarmente.

—Madama Brisset—la dijo—¿sabe V. hacia dónde va mi hijo hoy? No le ví antes de que saliese...

Asomó á la puerta del cuchitril una cabeza con papalina negra y unas narices rojas como un tomate, y una boca desdentada pronunció:

—¿A dónde ha de ir, *cher Monsieur Gurriá?* Llamó un coche ahí de la parada de enfrente... y claro: á la Avenida de los Campos Elíseos.

Zumbáronle los oídos al veterano, y una luz roja tembló delante de sus ojos. Era aquello, para él, la certeza absoluta. A hora tal, ni Fermina podía esperar á Lorenzo, ni Jacinto saber que el novio de su hermana pasaba por su puerta. ¿Qué duda quedaba? Sólo una cita de Lorenzo y Teodora explicaba la matinal excursión.

Precipitóse el general hacia la calle, é hizo seña á un coche que iba de vacío. Como el cochero torciese el gesto á la no floja carrera entre la calle Mazarine y los Campos Elíseos, el general, que era más bien cicatero que otra

cosa, pero no entonces, pronunció las mágicas palabras:

—¡Aprisa y buena propina!

El coche arrancó desempedrando el arroyo, y en todo el trayecto no aflojó el paso. Al detenerse ante la verja del hotelito, Gurrea, después de pagar espléndidamente, llamó con cautelosa suavidad. Salió á abrir el portero, que era á la vez mozo de cuadra, y Gurrea, inspirado, le dijo como al descuido:

—Al señorito Lorenzo, que ya llegué; que baje.

—¿Que baje?—repitió el portero atónito.—¡Pero si no está aquí el señorito!

—¿Pues dónde? Aquí vino esta mañana.

—En efecto, pero era para salir con la señora, que le aguardaba. Iban a compras.

Gurrea quedó inmóvil. No había contado él con tan sencilla explicación de lo que á no dudarlo era cita amorosa en toda regla. Al mismo tiempo, la tranquila naturalidad de aquel pretexto le pareció que revelaba la astucia impudente de los que ya tenía por criminales. La sangre le dió un nuevo vuelco, y subió á enrojecer su frente y abultar la gruesa vena que la cruzaba. Su impulso era echarlo todo á rodar, de entrar en la casa como un torbellino, arrancar la venda al esposo y batirle las cataratas á Fermina; pero su segunda naturaleza, de estratégico y de caudillo prudente, le sujetó en el jardín, y le movió á encender un cigarro, para tener tiempo de reflexionar. Paseando arriba y abajo y chupando el puro, concibió un proyecto

cien veces más radical y atrevido que todos los de la noche anterior, y al afirmarse en él, tiró el habano y subió las gradas del vestíbulo, penetrando en la antesalita decorada con grandes y raros tibores japoneses verdes, de donde emergían plantas de hoja plumeada y elegante. Entró rápidamente por una puertecilla á mano derecha, que era la del despacho de Jacinto, todo revestido de cueros auténticos cordobeses y trozos de bordadas telas, recortadas de viejas casullas del siglo XV. Sobre aquel fondo obscuro, intenso, suntuoso, la cabeza del marido de Teodora resaltaba pálida y fina, sin realce ni vigor. Gurrea Pinós volvió á sentir tentaciones de darle un puñetazo, pero se contuvo; y al ver que Jacinto se levantaba del sillón y acudía deferente á preguntarle qué le llevaba tan temprano por allí, dijo con calma:

—Quería echar un párrafo con Fermina.

—¡Qué suegro tan pegajoso! —contestó riendo Jacinto.—Aguarde V., voy á decirla por el tubo acústico que baje al jardín... Me escaman estos secretos, mi general. V. se la va á pegar á su hijo; vamos, V. le sopla la novia.

Diez minutos después de esta chanza, Gurrea Pinós y su futura nuera se reunían en un cenador de cabrifollo, bignonia y clemátida, al otro extremo del jardín y en completa soledad. Gurrea atrajo á sí á la joven y, á la usanza francesa, la besó en la frente. Después, desviándola un poco, la interrogó:

—¿Por qué tienes los ojos hinchados?

—¡No parece sino que V. no lo sabe! ¡Porque

se marcha Lorenzo, y con ese viaje que V. ha discurrido me voy á pasar la friolera de cuatro meses sin verle! Para sorpresas agradables, V.

—¡Miren la pizpireta! Ganas me dan de callarme lo que pensaba decirte...

—No, por Dios... Hable V. pronto.

—Siéntate ahí... Eso... ¿Qué opinarías tú si yo te propusiese hacer el viaje conmigo... y con Lorenzo? ¿Eh? ¿Me explico?

—¿El viaje?

—El viaje; el viaje a España; el viaje á Aragón... Cabal.

—¿Y... cómo?

—¿Cómo? Comiendo .. Casándote dentro de tres días... ¿lo oye V.? de tres días.

Fermina dió un grito, cogió la mano del general y la llevó á sus labios.

—Vamos, vamos, juicio y serenidad... Si te trastornas, la boda se concluyó, ¿entiendes?—Mira, hija mía, he pensado que no hay motivo ninguno para separaros ahora y reuniros después. Tú eres dueña de tu voluntad; Lorenzo... claro que por Lorenzo no habrá dificultades. A mí me conviene salir de París; á vosotros os servirá de diversión. Os casáis volando; vais á Aragón y arreglais vuestros asuntillos personalmente... después tomáis baños de mar... y en el otoño, á preparar la instalacion en Bilbao.

Fermina tenía los ojos clavados en los de su futuro suegro Una desconfianza súbita, inexplicable, la obligaba á fruncir el entrecejo y endurecía sus facciones.

—Mire V., papá—murmuró—debe V. cono-

cer cuáles son mis deseos... pero veo en todo esto algo raro, algún misterio que me extraña y me preocupa. No soy tan lista como mi cuñada..., pero tampoco soy tan tonta que no note estos cambios y estas resoluciones tomadas de pronto volviendo patas arriba lo que teníamos resuelto... No me diga V. que no pasa nada, porque no lo creeré.

Gurrea Pinós había previsto el recelo de Fermina y tomado su partido de antemano.

—Hija mía—pronunció con firmeza—¿crees que te aprecio?

—Sí, señor... lo creo, estoy segura.

—¿Crees que hago las cosas por tu bien?

—¡Y tanto!

—Pues entonces vas á no preguntarme nada y á darme plenos poderes y á dejarme proceder á mi gusto... Yo te respondo de que dentro de tres ó cuatro días estás casada con Lorenzo y camino de España. Mira, todo lo bueno que hacen los hombres, lo hacen obedeciendo y callando, y mandando uno solo y sometiéndose á su voluntad los demás. Esto yo lo sé por experiencia, y ojalá pudiese ponerlo siempre en práctica, que ni habría vicios ni escándalos en el mundo. Tú di que sí á cuanto yo ordene, y basta.

—¿Y Lorenzo?—replicó la tozuda Fermina. Y Lorenzo, ¿qué opina en esta cuestión?

—Opinará lo que yo determine... ¡Pues no faltaría otra cosa!

Fermina calló, pero al cabo de un instante, cejijunta y sombría, alzó la cabeza y dijo:

—¡Yo creo que Lorenzo me quiere menos... ó que no me quiere!

Y el general, con voz entera, echando rayos por los ojos, sólo respondió:

—¡Pobre de él!